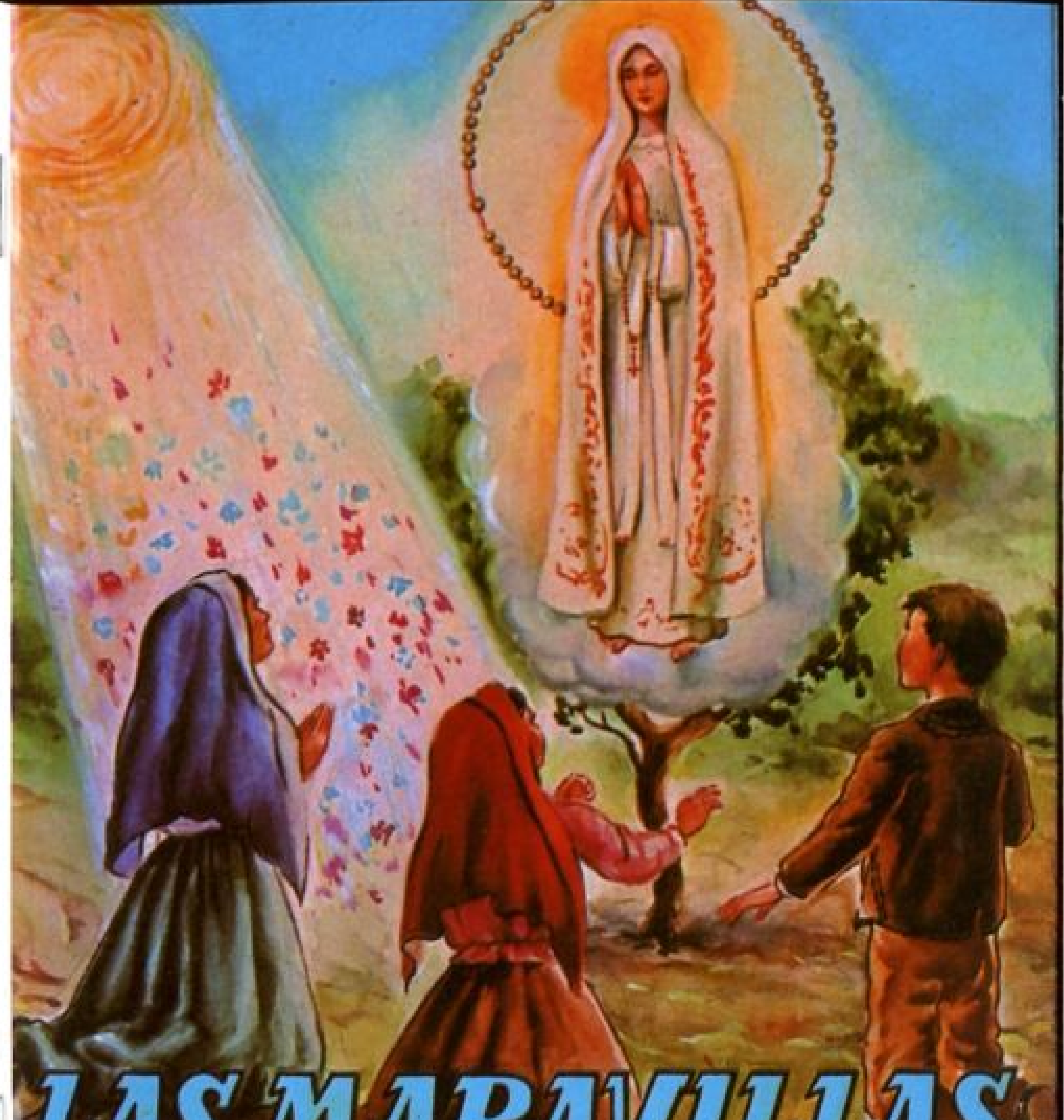
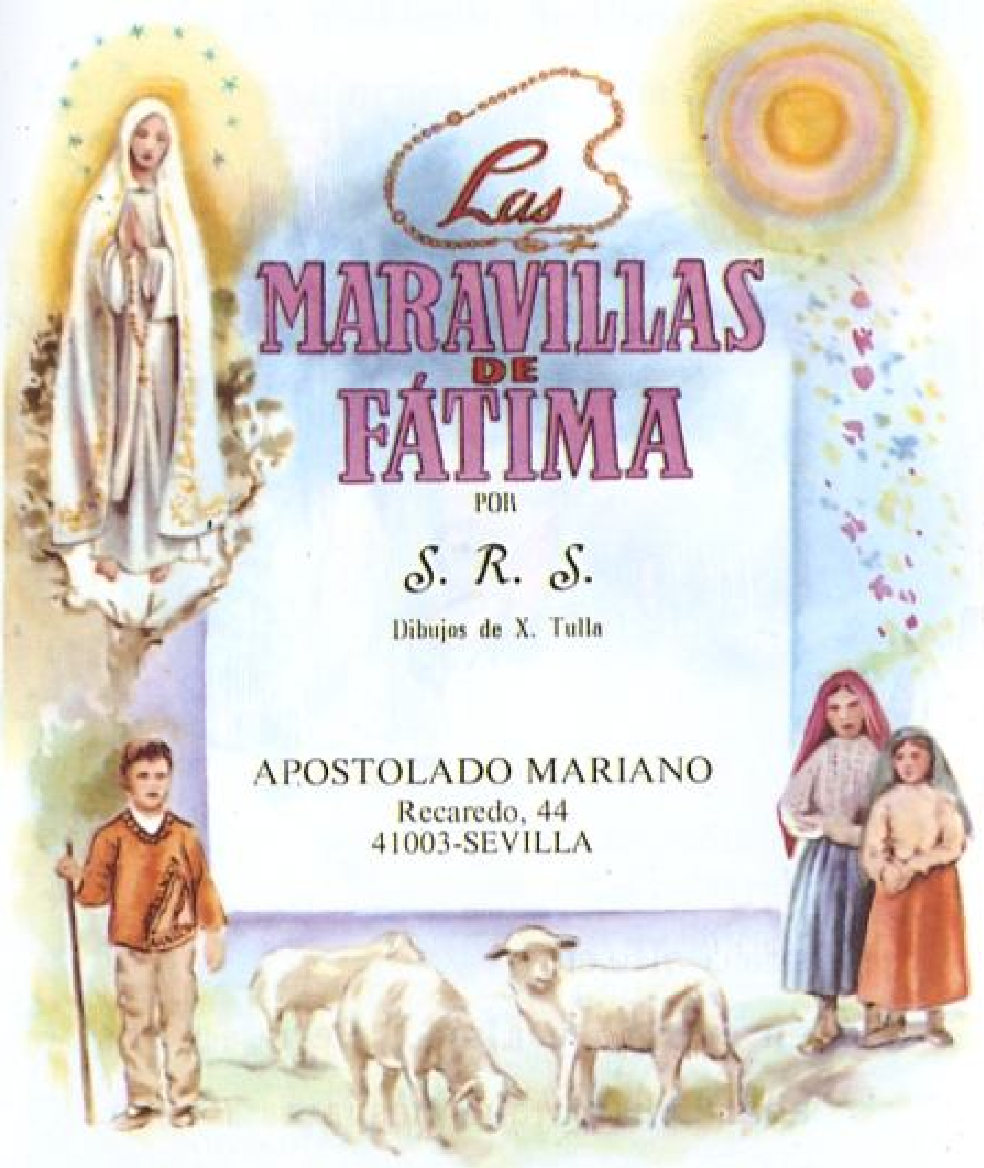
ISBN: 84-7770-508-9



LAS MARAVILLAS DE FÁTIMA



Las MARAVILLAS DE FÁTIMA

POR

S. R. S.

Dibujos de X. Tulla

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-SEVILLA

Nihil Obstat
El Censor,
Dr. Cipriano Montserrat, Can°.
Barcelona, 28 mayo 1957

Imprímase
† GREGORIO
Arzobispo Obispo de Barcelona

Por mandato de su Excia. Rvma
Dr. Alejandro Pech
Canciller-Secretario

LA Virgen María
subió al cielo
en cuerpo y alma. Pero no nos abandona porque nos ama mucho. Por esto nos visita con frecuencia para corregirnos y ayudarnos.

En un pueblecito de Portugal, Fátima, había tres pastorcitos, dos niñas y un niño.

Lucía era la mayor y tenía diez años. Francisco tenía nueve, y Jacinta siete.

Francisco y Jacinta eran primitos de Lucía.

Cada día cuando la campana tocaba, rezaban el Santo Rosario mientras guardaban las ovejitas.

Francisco era travieso y a veces no le gustaba rezarlo.

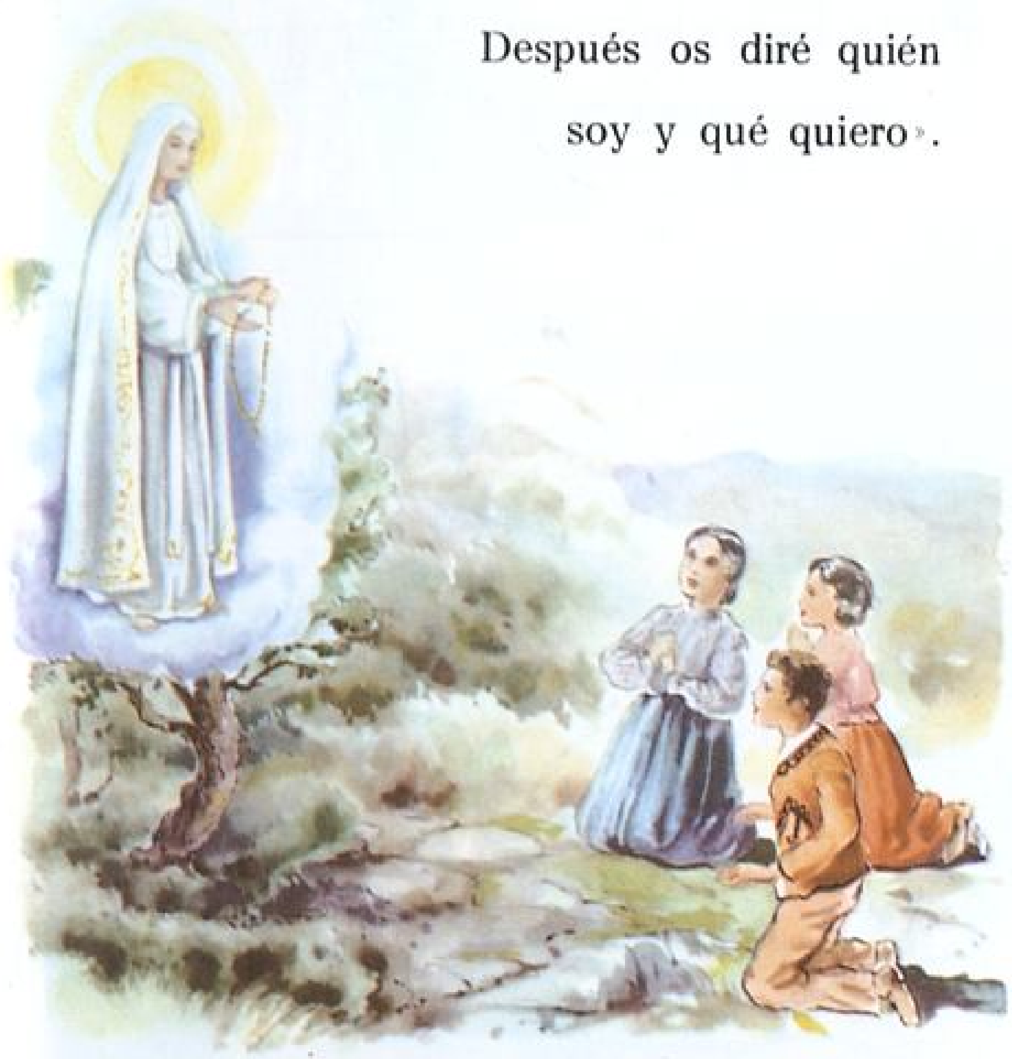
Durante el día se entretenían jugando, cogiendo florecitas, y así pasaban todo el día en el monte. Un día que se estaban haciendo una cabaña para los días de lluvia, les sorprendió la luz intensa

de dos relámpagos. Se espantaron mucho, pero...

...qué sorpresa! encima de un pequeño árbol vieron una hermosísima Señora vestida de blanco con un velo bordado en oro.

Tenía las manos juntas, y colgaba de su mano derecha un Rosario de perlas brillantes.

La Señora les dijo: «Vengo del cielo y os pido que vengáis seis meses aquí el mismo día. Después os diré quién soy y qué quiero».



Cuando la Señora desapareció, Lucía dijo a sus primitos que no dijeran nada a nadie de lo que habían visto. Luego recogieron el rebaño y se fueron a casa.

Cuando llegaron a casa, Jacinta dijo a sus padres:

«Hemos visto a una Señora muy hermosa en el bosque».

No se lo había sabido callar.

Los padres de Jacinta y Francisco no sabían qué pensar de lo que les decían sus hijitos.

La madre de Lucía creía que se lo habían inventado y riñó mucho a Lucía.

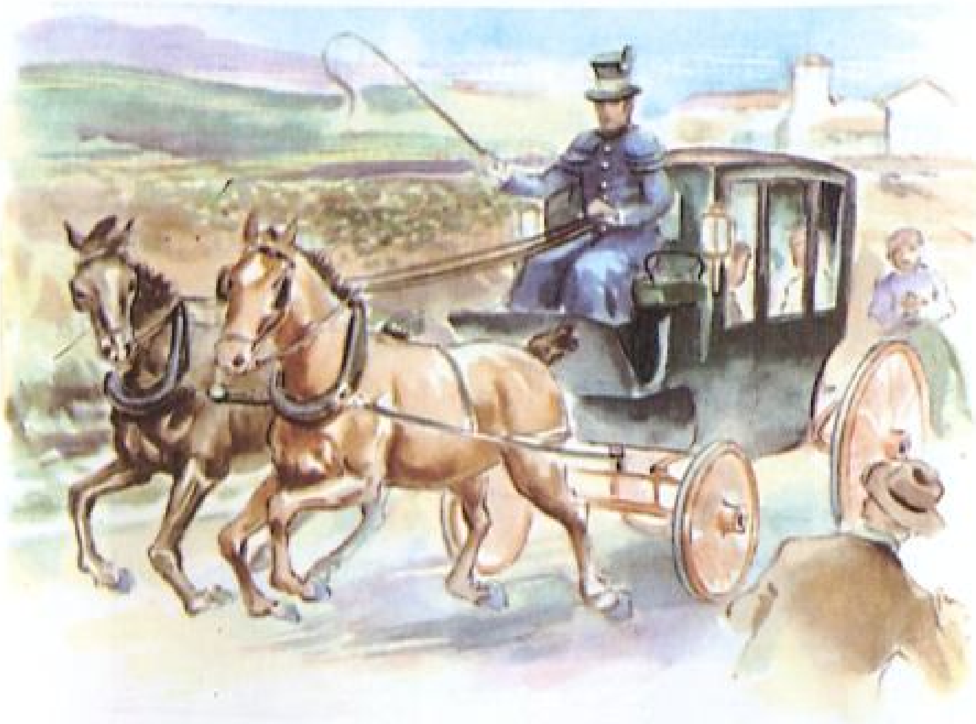
Lucía fue acompañada por su madre a casa del Sr. Cura, quien le amenazó porque también pensaba que la aparición no era verdad.
Lucía lloró mucho.

Lucía estaba atemorizada y no quería ir a ver la Señora al mes siguiente, pero sus primitos le insistieron mucho y la consolaron, y otra vez fueron allí.

La Señora
se les apareció
otra vez y les dijo:

«Tendréis que sufrir mucho; pero no temáis, yo os ayudaré. Aprended a leer y a escribir. Rezad siempre el Rosario y haced sacrificios por los pobres pecadores».

El alcalde y el gobernador que había en aquel lugar eran muy malos y no creían en Dios. Por esto, cuando oyeron hablar de estas apariciones se enfadaron mucho, porque veían que la gente sería cada día más buena si rezaba el Rosario como los tres pastorcitos.



Un día que la Señora tenía que volver a aparecerse fué el Gobernador con la gente que acompañaba a los niños a Cova de Iria y los invitó a subir a su coche, y cuando los tuvo dentro se los llevó a su casa.

El Gobernador les amenazó si no decían públicamente que aquello de las apariciones era una mentira. Los niños se negaron.

Entonces fueron encerrados en la prisión donde estaban encarcelados los ladrones. Ellos empezaron a rezar el Rosario y todos los presos rezaron arrodillados con ellos.

El Gobernador al ver que no podía hacerles decir mentiras, los dejó y volvieron a su casa; pero ya había pasado el día de la aparición.

La Señora había prometido que el 13 de octubre sería la última aparición y que haría un gran milagro para que todos creyeran en ella. Mucha gente de Portugal, con enfermos, vino a Fátima aquel día.

Toda la mañana del gran día estuvo lloviendo.

Lucía, Francisco y Jacinta llegan al mediodía y arrodillándose empiezan a rezar el Rosario. Todos hacen lo mismo.

La Virgen se apareció, y como siempre sólo la vieron los tres niños.

La Señora dijo: «Yo soy la Virgen del Rosario; quiero que se construya aquí una capilla, que los hombres recen el Rosario y que no ofendan más a Jesús».

Entonces vino el milagro. El sol, como un globo de plata, empezó a dar vueltas en el cielo lanzando rayos de todos los colores.

Muchos enfermos se curaron. La gente se espanta y se da cuenta de que les han quedado los vestidos completamente secos.

Cumplióse, al fin, lo que la Virgen deseaba. Se ha construído una gran Iglesia a la Virgen en Fátima. También los niños y niñas buenos ofrecen a la Virgen muchos sacrificios y Rosarios para la conversión de los pecadores.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA ISBN 84-7770-508-9 D.L.: M. 44.804-2006 Imprime: Impresos y Revistas, S.A.